

***Nothing matters, Mary,
when you're free.***

Seán

La lucha de intereses se ha trasladado de nuevo a las calles del país; los bajos fondos de Irlanda del Norte son un hervidero de jóvenes dispuestos a matarse entre ellos sin que a nadie más le importe una mierda. La guerrilla pone un arma en sus manos y los envía con el pecho descubierto contra el enemigo; son sus ideales los que defienden, los que les insuflan ánimos para apretar el gatillo una y otra, y otra vez. Al final Seán no puede evitar cuestionarse si merece la pena este derramamiento de sangre al que ya renunciaron sus padres, y los padres de éstos; si la venganza está justificada, si realmente la lucha es en aras de la libertad. Tiene la sensación de que sus enemigos son fantasmas del pasado, que lo han hecho partícipe de una guerra que no le pertenece. *Pero aquí nos tienes, cantando himnos y recitando lemas que apenas significan nada; alimentando una pila de cadáveres sin nombre, sin voz, sin rostro.*

Las dudas nutren el miedo, y en las calles se respira mucho, mucho miedo. Nadie sabe dónde o cuándo tendrá lugar el próximo ataque, ni lo que supondrá. Todos se esconden, y su propio anonimato provoca que se hallen expuestos: Seán escuchó que los hermanos de Fionnlagh, que estuvieron a su lado durante la revuelta contra esos sucios unionistas a principios de año, se encontraban en aquel centro comercial cuando el IRA hizo estallar su última bomba. Y ni siquiera a Fionnlagh, que los ha sobrevivido, parece importarle. *Es el precio de la guerra, se justifica su amigo. No ve dolor en sus ojos, ni siente pena en su voz.*

Éirinn, en qué clase de monstruos nos hemos convertido.

Ahora Seán marcha al encuentro de su grupo de asalto. Lo reciben un puñado de miradas recelosas, pero ninguna palabra; el silencio forma parte del protocolo. En cualquier caso, ¿de qué podrían hablar entre ellos? Pronunciar el nombre de la muerte convertiría el concepto en algo real y tangible, y quien dice no tener miedo a morir miente. Así que se limitan a comprobar las armas y emprender la guardia nocturna rutinaria, recorriendo el extrarradio de Belfast en busca de las tropas enemigas. Ese pensamiento le sorprende desprevenido. *Somos los niños soldados del siglo XX, militarizados en nuestros propios hogares.*

No ve impactar el primer disparo, aunque escucha la detonación; su sonido sin eco hace saltar un resorte en alguna parte de su cuerpo. La supervivencia a cualquier precio. Morir, pero morir matando.